



ARIAS, Asier
La economía política del desastre.
Efectos de la crisis ecológica global

Madrid : Los Libros de la Catarata, 2018
 238 p. ; 22 cm
 ISBN: 978-84-9097-541-1

Alguien decía en la Conferencia Internacional de Cambio Climático 2019 “Change the Change”, celebrada hace pocos días en Donostia/San Sebastián que si desaparecieran los insectos del mundo se acabaría la vida en la tierra. En cambio, si desapareciera la especie humana no sólo no pasaría nada, sino incluso que la vida se recuperaría de los varapalos que le hemos otorgado los viles humanos.

Los humanos somos tan insensatos que estamos cavando nuestra propia tumba al aniquilar las mismas condiciones de la vida. Los sistemas que hemos creado, fundamentalmente el económico, nos hacen merecedores de nuestra propia aniquilación. A estas alturas sólo el hombre más poderoso de la tierra parece no creer en ello. ¿Será demasiado tarde para enderezar el rumbo? Es la cuestión que está sobre la mesa. Y es el tema de la obra de Asier Arias *La economía política del desastre. Efectos de la crisis ecológica global*, publicada en la editorial Los libros de la catarata, Madrid 2018.

Nadie parece dudar en que necesitamos un nuevo paradigma económico. Un paradigma acorde con las condiciones de vida del planeta, un paradigma que respete los ritmos de la naturaleza y sus necesidades. No podemos explotar sus recursos como si fueran inagotables. La pregunta es si ya llegamos tarde.

Dos son, según el autor, los grandes desafíos a los que se enfrenta el mundo actual: el cambio climático y la drástica reducción de la biodiversidad (15), a los que se puede añadir un tercero: la amenaza del armamento nuclear. Mientras la amenaza nuclear es una amenaza en potencia, “las otras dos están ya aquí” (p. 20).

La noción de Antropoceno es la “forma habitual de introducir” estas amenazas. “Esta noción designa una época geológica marcada por el impacto global de las actividades humanas sobre los ecosistemas terrestres” (p. 20). Hasta ahora han ocurrido cinco extinciones masivas; la actual es, por tanto, la sexta. Esta se caracteriza “por la influencia de las actividades humanas y, por tanto, es de carácter moral” (p. 24). Las causas inminentes de la actual destrucción biótica serían la superpoblación, el crecimiento continuo de la población y el consumo excesivo, especialmente de los más ricos. El tiempo que nos queda para una acción efectiva es, a juicio del autor, muy corto, probablemente de dos o tres décadas como mucho (p. 25).

El debate mediático es el tema en que se centra el segundo capítulo del libro. Los medios tratan de quitar hierro al tema. Ni siquiera recogen los informes oficiales sobre los cada vez más nefastos pronósticos del cambio climático de las agencias internacionales (como el IPCC) o el Departamento de Energía de los Estados Unidos. La consecuencia es que el público se encuentra cada vez peor informado y más en manos de quienes defienden intereses más que sospechosos y poco científicos. “El público se encuentra cada día más expuesto a las asechanzas de una propaganda económica disfrazada de divulgación científica imparcial y destinada, meramente, a legitimar políticas que han demostrado ser desastrosas en el corto plazo, pero que prometen ser aún peores en el medio y largo plazo”.(p. 50).

En el caso español, la atención que los medios dedican a los problemas medioambientales es mínima, según el autor. Por ello el ciudadano no está en condiciones de entender los tramposos vericuetos de las empresas para sortear los acuerdos internacionales, especialmente los europeos en esta materia. España es el país que más ha sido multado por no hacer caso a estos acuerdos, dice el autor.

El tercer capítulo aborda el tema de “las políticas”. Los países en desarrollo buscan estándares de vida iguales a los de los países desarrollados. El problema es que sólo pueden hacerlo aumentando drásticamente sus niveles de contaminación. No hay hoy por hoy otra solución. Así, China no dispone de ninguna otra fuente de energía que el carbón, que es la más contaminante (p. 65). Y aunque se está investigando en energías alternativas la pregunta es si podremos llegar a tiempo antes del colapso final sin vuelta atrás. Según el autor los países desarrollados (los más contaminantes) deberían hacer mucho más en la dirección correcta. Las renovables no pasan del 15% del total, lo cual es muy inferior al deseable. Parece que China es la más comprometida en diversos sectores, incluso en el alimentario donde ha reducido el consumo de carne entre la población, mientras Europa sigue siendo un irresponsable consumidor de carne (el doble del promedio mundial) y no tiene ningún interés en limitarlo (p. 67). La Política Agraria Común es un desastre con “un impacto devastador en nuestra salud, en la naturaleza y en el clima”, que ha favorecido a la producción en masa y desfavorecido a los pequeños productores, sin tener para nada en cuenta la sostenibilidad de sus prácticas (p. 68).

Estados Unidos por su parte contamina más y es la menos dispuesta a reducir sus emisiones. Es, con Europa, la más responsable porque es un país ya desarrollado (por lo tanto estaría en condiciones de empezar a pensar seriamente en un futuro más responsable) y porque, además, ha conseguido su desarrollo en gran parte explotando a los países emergentes a los que se les acusa hipócritamente de querer desarrollarse a base de poner en peligro el equilibrio ecológico. Estados Unidos debería pues ser un ejemplo, pero no es. Ni la administración Obama ni por supuesto la Trump han hecho nada en esta dirección. La extracción de gas y petróleo de esquisto, como alternativa al carbón, se ha llevado a cabo de forma salvaje, añadiendo nuevos peligrosos e irresponsables desequilibrios en el ecosistema (p. 73). Aunque la electricidad conseguida a partir del esquisto es más eficaz, lo que ocurre es que las pérdidas de metano en este proceso son tan grandes que las emisiones acaban siendo mayores que las del carbón. La segunda cuestión que se olvida es que, a pesar de ello, se sigue produciendo la misma cantidad de energía a partir del carbón porque la Administración Americana así lo ha decidido. Trump, un claro negacionista, apuesta por apoyar a la industria del carbón y no permitir que se vea desfavorecida en esta carrera irracional e irresponsable por los recursos energéticos. Así lo hizo abiertamente en la última Conferencia de las Naciones Unidas sobre el Cambio Climático en Bonn (2017), incluyendo en ella ejecutivos de la mayor empresa carbonera del mundo, Peabody Energy. Si hasta la llegada de Trump la política norteamericana se caracterizaba por mantener una tensión entre los distintos intereses, permitiendo un juego de influencias diferenciadas sobre la política, ahora con Trump ese juego ha terminado y sólo los intereses afines a las políticas del gobierno, es decir del presidente, se hallan representadas en la Administración en la que se sientan directamente los representantes de dichas firmas: Rex Tillerson, Scott Pruitt, Andrew Wheeler.

En resumidas cuentas, los países ricos siguen con sus acostumbradas políticas irresponsables, mientras acusan cinicamente a los países emergentes de aumentar sus emisiones contaminantes. Lo razonable sería comenzar por dar ejemplo.

Tucídides debió decir que “los fuertes hacen lo que quieren y los débiles sufren lo que deben”. Ya desde entonces estaba clara la diferencia entre ricos y pobres. Un artículo de la revista *Natura* (2017) dice que, de seguir al ritmo actual, el año 2020 podría ser un punto de no retorno en las emisiones de carbono. Un aumento de la temperatura en 2°C traería consecuencias difícilmente reversibles, mientras a día de hoy seguimos apostando por el calentamiento global. Entre otras razones porque aunque emitamos más gases que en años

anteriores, las nuevas emisiones se añaden a las anteriores; es decir, las anteriores no desaparecen sino que las nuevas se añaden a ellas. Las consecuencias son ya desastrosas. Los desplazados como consecuencia del cambio climático se cuentan por millones. Si no se hace mucha propaganda de ello es porque todavía son los más pobres los afectados. Incluso aquellas iniciativas como la llamada “revolución verde” trajeron consecuencias totalmente negativas en poblaciones como la India (p. 86-87).

Los movimientos migratorios son también una consecuencia directa de los desastres provocados por el cambio climático. Los pobres se ven obligados a buscar lugares en los que poder sobrevivir. Y esta tendencia va a aumentar en los próximos años. Las sequías provocadas por el cambio climático llevarán al empobrecimiento aún mayor de muchos ya pobres. La falta de agua llevará a la imposibilidad de producir los alimentos mínimos necesarios para sobrevivir.

Pero este flagrante desequilibrio en aumento se refleja también en el interior de países como España. El autor analiza el desequilibrio creciente entre pobres y ricos en nuestro país. Mientras aumentan los ricos, las personas que atraviesan el umbral de la pobreza no dejan de crecer. Ello obedece a la política desarrollada en España en los últimos años, en concreto desde que nació el IBEX. En esto no se han diferenciado los gobiernos socialistas de los gobiernos abiertamente de derechas. Todos ellos han favorecido sin pudor a los ricos y han hundido más y más a los pobres. No es casual que la Agencia Europea de Medio Ambiente mencione a España como el país que peor se ha comportado entre 1990 y 2015 en cuanto a emisiones (p. 101-102). Se cita la desigualdad económica, el paro, la escasez de inversiones en sectores básicos como la sanidad como una consecuencia directa de estas funestas políticas. “La economía va muy bien, la gente no tanto”.

¿Quiénes son los responsables de esta hiriente irresponsabilidad?, se pregunta el capítulo 5 del libro. La respuesta es clara para el autor. Los responsables del calentamiento global y sus consecuencias son los ciudadanos de los países más ricos (p. 109). La organización y el compromiso de los ciudadanos han demostrado ser el factor más eficaz de cambio. Entonces, ¿por qué nadie hace nada? Lo cierto es que sí hay gente comprometida. El problema es que el sistema educativo y los medios de información dependen de los “señores de la humanidad” (Adam Smith) y defienden por tanto sus intereses. El sistema educativo lo que busca es que los ciudadanos sean dóciles y obedezcan; principios éstos contrarios al espíritu ilustrado que ponía Kant al frente de su programa crítico, ilustrado. La autonomía, la independencia y la curiosidad son los factores que se busca anular en la educación actual. Átomos obedientes y pasivos es lo buscado. El llamado *Memorando Powell* buscaba hacer frente a la democratización social de los años 60. La misma función la tuvo la Comisión Trilateral con el famoso informe *The Crisis of Democracy* (1975). Ello trajo consigo en la década de los 70 la edad dorada de los *lobbies*, *think tanks* y comités de acción política: la era Thatcher y Reagan con su agresivo programa neoliberal. Ni siquiera ante el asesinato de los elementos molestos se han detenido. Y han sido casi siempre miembros de comunidades indígenas que defendían sus intereses los objetivos a liquidar.

En Europa nadie es perseguido de este modo por sus ideas ni sus actividades. Por ello nuestra responsabilidad es mayor, concluye el autor. Deberíamos dar ejemplo. Pero la realidad se halla muy lejos de ello.

El capítulo 6 se centra en la “industria alimentaria”. Estados Unidos y Europa han practicado una política de exportación de sus excedentes al tercer mundo, creando así un mercado dependiente de sus intereses y desarrollando en estos países del tercer mundo una agricultura dependiente de su maquinaria. Una agricultura intensiva que abusa de pesticidas y fertilizantes químicos cuyos efectos sobre el medio ambiente son devastadores. Además, la producción agrícola y ganadera se concentra cada vez en menos manos que son las que deciden en definitiva la política mundial en este sector.

En la Unión Europea se ha seguido esta misma pauta. Se ha obligado a los países a modernizar sus infraestructuras para acomodarlas a los nuevos paradigmas de producción. El medio más eficaz han sido las subvenciones: cuanto mayor la producción mayor, mayor

la subvención. Esto ha condenado a desaparecer a los pequeños productores. La realidad es que dos terceras partes de las granjas europeas son pequeñas. Al no poder controlarse también sus productos han quedado fuera de los certificados sanitarios correspondientes. Lo cierto que la cacareada “sostenibilidad” es justamente lo menos sostenible. Los productos se venden a miles de kilómetros de su lugar de producción. En conclusión, sostenibilidad y ganadería industrial son nociones incompatibles (p. 139).

La irracionalidad del sistema industrial de producción de alimentos es la causa principal de la deforestación y la pérdida de la biodiversidad. Además el hacinamiento de los animales es la fuente de una vulnerabilidad extrema que debe ser atajada con antibióticos cada vez más agresivos.

¿Qué podemos hacer ante esta situación? Según el autor está en nuestra mano cambiar nuestros hábitos alimentarios de modo que obliguemos a los productores a comportarse de modo más racional. Se trata por tanto de una revolución desde abajo.

El siguiente capítulo lleva por título “Breve historia del neoliberalismo”. El autor resume, como él mismo reconoce, la obra del mismo título de David Harvey. Se trata de una confluencia de colonialismo económico e imperialismo militar. Tras la Segunda Guerra Mundial se logró una cierta estabilidad hasta que en los 80 hubo que hacer una serie de ajustes en el sistema. El bajo crecimiento puso en marcha una dinámica en Estados Unidos e Inglaterra dirigida a una concentración del poder con el fin de reflotar la economía. Alemania siguió otro camino pero no triunfó. Con el aumento de la producción, aumentó también la desigualdad. El golpe de estado chileno fue el escenario propicio para experimentar el nuevo modelo.

Aunque la teoría neoliberal predica la no intervención del Estado, en la práctica se busca un Estado que legisle a favor de sus intereses. En definitiva, el libre mercado es algo que nunca ha existido y ni siquiera en abstracto puede funcionar bien. El neoliberalismo es un fracaso, se mire por donde se mire. Es la conclusión del autor.

El siguiente capítulo lleva el sugerente título “Seamos moderados”. Es un término acuñado contra el “populismo”, tan en auge en nuestros días. Aunque su significado ha derivado en lo contrario de lo que significaba en su origen: movimientos de descontento. “Los liberales verdes” (“que se mueven en un oscuro laberinto de abstracciones”, p. 191) tratan de quitar leña al fuego contra los ecologistas que, siguiendo el consejo de Galileo, se atienen a los datos puros, desnudos. Los liberales verdes pretenden desideologizar el debate para mantenerlo dentro de los límites de la ideología del capitalismo de libre mercado. Para ellos el sistema económico ya está afrontando el problema del ecologismo (Arias Maldonado) (p. 197). En definitiva, debemos superar su horizonte si queremos avanzar realmente en la solución de los problemas ecológicos.

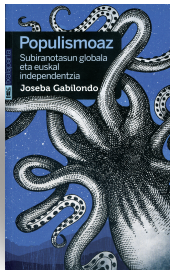
El último capítulo llama a la acción “desde la base”. El neoliberalismo actual se ha alejado cada vez más de los principios del liberalismo. Sus principios son la maximización y crecimiento. El resto no cuenta. La libertad ha dejado de ser algo deseable. Incluso la supervivencia del planeta. Estamos ante una “estupidez institucional”, como la llama Chomsky, de dimensiones globales. Frente al liberalismo verde, el autor aboga por un consumo responsable que supone un “decrecimiento”. Se trataría de consumir menos en cantidad pero mejorando la calidad. Medir el nivel de bienestar sólo por el PIB deja de tener sentido a partir de un nivel, en contra de lo afirmado por el dogma economicista. El consumo y el bienestar no van siempre asociados. El crecimiento económico no es la clave de la sostenibilidad, como afirman los liberales verdes (como Bush). Desgraciadamente los datos dicen lo contrario. Los medios de comunicación suelen ser buenos aliados de estas políticas liberales irracionales.

Pero hay una solución. Y es adecuar nuestros hábitos de consumo para que sean compatibles con la defensa de la biosfera: dejar de usar plástico, consumir lo que se produce en la propia región, reducir drásticamente el consumo de carne, especialmente la producida en grandes explotaciones, etc. No hacerlo supone acelerar el desastre. No es pues una opción. Se trata por tanto de actuar desde la base. Es “la principal esperanza” (p. 233)

de hacer frente a la mayor amenaza que se ha cernido sobre el planeta en los últimos 65 millones de años. Y aunque el cambio personal no es suficiente, es necesario para obligar a las instituciones a que cambien su política.

Este libro nos aporta una buena base para orientarnos en la compleja selva actual. Aunque a veces hemos tenido la impresión de que el autor nos pinta un panorama excesivamente unicolor, sin atender demasiado a los matices. Nos preguntamos si planteamientos como los de Piketty en *El Capital en el siglo 21* o Polanyi *The Great Transformation* no hubieran enriquecido su marco teórico. Nos ha sorprendido que el autor no cite a la conocida Naomi Klein, muy crítica con la globalización y el capitalismo y que, además, hace interesantes propuestas de acción y de lucha, muy en la línea del autor.

Xabier Insausti



GABILONDO, Joseba
Populismoaz. Subiranotasun globala eta euskal independentzia

Tafalla : Txalaparta, 2017
 289 or. ; 19 cm
 ISBN: 978-84-17065-07-2

Michiganeko estatu osoan bizi den euskaldun bakarra izatearen sentrazioa aipatzen du sarritan Joseba Gabilondok. Lurretik kanpoko begiradarekin ikusten dituela Euskal Herriko kontuak. Eta askotan egiten ditu halako joan etorriak bere hausnarketetan, euskal lurretatik kanpotik barrura. Horrela egiten du “Populismoaz: Subiranotasun globala eta euskal independentzia” (Txalaparta, 2017) bere liburuan, modu bikain batean gainera.

Baina Joseba Gabilondo ez da dagoeneko ezezagun bat, bere ibilbidea eta ekarpen intelektuala oparoa da, baita sarritu ere, 2014an Euskadi saria irabazi zuen *New York-Martutene* liburua edo 2015ean Unamuno saria jaso zuen *Globalizazioak eta Erdi Aro berria: diferentzien itzuleraz* lana kasu. Oraingo honetan ere demostratzen du. Txalaparta argitaletxea, bestetik, saiakera berritzaileak eta heterodoxoak ari da argitaratzen, gogoetarako elementu ausartak eta indartsuak mahai gaineratzen, eta jarrera hori ere eskertu behar da.

Liburua, batez ere, mendebaldeko gizarteetan ematen ari diren mugimendu populista berrien analisi fina da, gure egungo gizarteak ulertzeko gida ezin hobea. Izan ere, 2008ko krisiaren ostean protesta mugimendu berriak sortu dira, imaginario berritzaileak mobilizatu dituztenak. Protesta eta imaginario berriak –eta krisia bera– globalizazioak azken hamarkadetan eragindako efektuen ondorioak dira, hau da, globalizazioak ekarri duen zatiketa soziala eta kulturalaren ondorioak. Hor kokatzen du Joseba Gabilondok abiapuntua.

Izan ere, eliteen kontrako ezinegona, sumindura, zabaldu da era espontaneo batean, mobilizazio estruktura klasikoetatik aparte hein handi batean: Syntagma, 15M, *Occupy...* Eta 2011ko protesta ziklo berri honetan imaginario berriak agertu dira plazetan, bi ezauga-